

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis et iustitiae partes tuendas suscepistis.....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—
Pío IX, al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saaavedra, 55, Rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

MINISTERIO DE ULTRAMAR.

REAL DECRETO.

En vista de las razones expuestas por el ministro de Ultramar, de acuerdo con el Consejo de Ministros,

Vengo en mandar lo siguiente:
Artículo 1.º Desde la publicación del presente decreto quedarán libres del pago de toda clase de derechos a su importación por las Aduanas de las islas Filipinas y de la isla de Puerto-Rico, sea cual fuere la procedencia y la bandera de los buques conductores, los artículos que se expresan en la relación adjunta núm. 1.º

Art. 2.º También quedarán libres del pago de todo derecho de importación desde la publicación de este decreto, sean quienes fueren los importadores en la isla de Puerto-Rico, los abonos y las máquinas y aparatos expresados en la adjunta relación núm. 2.º

Art. 3.º Si en algún tiempo hubieran de restablecerse en todo o en parte los derechos que se suprimen por los dos artículos anteriores, se anunciarán y se designarán con ocho meses de anticipación al día en que deba empezar su cobro.

Art. 4.º Para acudir al remedio posible de los daños causados por las inundaciones, huracanes y terremotos sufridos en las islas Filipinas y en la de Puerto-Rico, se abrirá una suscripción general en la Península y en cada una de las provincias de Ultramar. Con el fin de promover la suscripción, y para atender a la recaudación y a la inversión de sus productos, se nombrarán las Juntas generales y locales que fueren necesarias. Designará los individuos que en dichas provincias hayan de componerlas la autoridad superior de las mismas.

Art. 5.º Los fondos que facilite el Estado y los que se obtengan como producto de la suscripción; se invertirán conforme a las instrucciones que se formulen por el Ministerio de Ultramar, en donativos a los que por razón de las expresadas catástrofes hayan venido a estado de pobreza, o en préstamos a los que por la misma causa se hallen en la imposibilidad de continuar ejerciendo su industria, arte o profesión, y no hayan quedado con medios bastantes de subsistencia. Para este último caso, los Gobernadores superiores civiles, a propuesta de las respectivas juntas, fijarán el plazo y condiciones del reintegro, dándole de ello cuenta para la aprobación correspondiente.

Art. 6.º El Ministro de Ultramar comunicará inmediatamente, por telégrafo, las disposiciones contenidas en el presente decreto, y dictará las que fueren necesarias para su rápida y cumplida ejecución.

Dado en Palacio a diez de Diciembre de mil ochocientos sesenta y siete.—Está rubricado de la Real mano.—El Ministro de Ultramar, Carlos Marfori.

REAL DECRETO.

Deseario que la suscripción abierta por mi decreto de esta fecha para aliviar los males causados en Filipinas y Puerto-Rico por las inundaciones, los huracanes y los terremotos de los auxilios que demandan tan grandes y aflictivas calamidades, de acuerdo con mi Consejo de Ministros y a propuesta del ministro de Ultramar,

Vengo en decretar lo siguiente:
Artículo 1.º Se crea en Madrid una junta presidida por el Rey mi querido esposo, con el objeto de promover por cuantos medios se hallen al alcance de la misma junta la suscripción abierta para aliviar los males causados por las recientes calamidades públicas sufridas en Filipinas y Puerto-Rico.

Art. 2.º El Rey nombrará las personas que hayan de componer esta junta, y bajo su dirección se llevarán a cabo los trabajos necesarios para llenar los fines que expresa el artículo anterior.

Dado en Palacio a diez de Diciembre de mil ochocientos sesenta y siete.—Está rubricado de la Real mano.—El Ministro de Ultramar, Carlos Marfori.

MINISTERIO DE LA GUERRA.

REAL DECRETO.

Atendiendo a los servicios del brigadier D. An-

tonio del Rey y Caballero, vengo en promoverle al empleo de mariscal de campo en la vacante ocurrida por muerte de los mariscales de campo D. José Ramón Dolz del Castellar y D. Miguel Mir y González.

Dado en Palacio a nueve de Diciembre de mil ochocientos sesenta y siete.—Está rubricado de la Real mano.—El Ministro de la Guerra, Ramón María Narvaez.

PARTE EXTRANJERA.

DESPATCHES TELEGRÁFICOS.

Paris, 9.—Mr. Rouher ha declarado en el Cuerpo legislativo que la Francia no es hostil a la unidad italiana, pero está resuelta a proteger a Roma.

Relativamente a la Alemania dijo que había seguido una política conciliadora, y que había aceptado francamente los hechos consumados en tanto que no se vean comprometidos los intereses o la dignidad de la Francia.

Florenza, 9.—Sella presentó una proposición confirmando el programa de «Roma capital» antes de discutirse las interpelaciones. Menabrea lo combatió: dijo que el voto sería equivoco, y preguntó cómo se iría a Roma. La Cámara por 201 votos contra 176 decidió que se discutiese la interpelación antes de la proposición Sella.

Ha llamado mucho la atención una correspondencia de Florenza que publica el diario francés *Le Monde*, y a la que, por su parte, da entero crédito.

Dícese en ella que el Gobierno francés, advertido por Mr. Ranzi, jefe de la policía en Roma, había descubierto y denunciado al de Florenza una conspiración republicana que databa de los últimos sucesos ocurridos en el territorio pontificio y se extendía a Francia, y cuya señal hubiera sido un atentado contra la vida del Emperador.

Afirma el corresponsal que en ella estaban comprometidos hombres públicos de elevada posición, especialmente un ex-ministro, que *Le Monde* sospecha ser piomontés, como si aludiera al Sr. Ratazzi.

Tal vez a estas noticias aludía Mr. Rouher cuando hablaba en su discurso de los mismos demagogos que habían rozado el suelo de la Francia. De ser exacto el hecho, no cabe duda en que la actitud del partido revolucionario italiano influiría mucho en la política del Gobierno francés.

En Italia han causado profunda inquietud la discusión y la votación de las Cámaras francesas. En el Senado y en la Cámara de diputados de Florenza ha sido interpelado el ministro Menabrea sobre lo que pensaba hacer para mantener lo que los diputados florentinos llaman los derechos y la dignidad de la nación.

La *France* dice con este motivo que los derechos de la Italia no pueden separarse de sus deberes, como tampoco su dignidad nacional de su lealtad en cumplir sus compromisos.

La Italia, añade, había formado el convenio de 15 de Setiembre y lo ha violado, había prometido respetar la soberanía y el territorio de la Santa Sede, y los ha atacado audazmente. Cuando un Gobierno se cuida poco de su firma y de su palabra, es muy justo recordarle el respeto a la fe jurada, y no es mas que una legítima prudencia el tomar respecto de él todas las garantías necesarias.

La *Agencia Fabra* habla de un nuevo Consejo de mariscales y generales, presidido por el emperador. Estas juntas empezían a preocupar la opinión pública.

Tenemos entendido que mañana publicará el *Boletín Oficial* el anteproyecto para el arreglo de los ayuntamientos en esta provincia. Podrán reclamar los que se consideren lastimados.

En la Bolsa de París ha corrido el rumor de que Mazini había fallecido.

El *Monitor* de Bolonia, hablando de las prisiones que se han hecho en aquella ciudad, dice que las

autoridades han desubierto los hilos de una conspiración contra la seguridad pública y el orden de cosas establecido. Añade, sin querer entrar en pormenores, en vista de la sumaria que se instruye, que la vigilancia de las autoridades ha evitado a la ciudad grandes desgracias y momentos dolorosos.

No es sólo en Bolonia, sino en otras ciudades, así del antiguo reino de Cerdeña como del de Nápoles, donde los revolucionarios se agitan. La enérgica actitud del Gobierno francés, exasperando a los elementos revolucionarios y alentando a los adversarios de la unidad, por egoísmo o por convencimiento, no habrá contribuido poco a aumentar las dificultades en Italia.

En *La Epoca* hemos leído las siguientes líneas:

«Nuestras correspondencias de París nos explican el origen de los rumores sobre disensiones en el seno del Gabinete francés, de que se ha hecho eco *La France*. Nuestros lectores saben que con gran disgusto de la mayoría católica del Senado, disgusto cuya huella se ha visto en un debate posterior, Mr. Moustier tuvo que ser muy poco explícito en las declaraciones que hizo a favor de la Santa Sede en la Cámara conservadora. No se querria, sin duda, disgustar a Italia en visperas de la apertura de su Parlamento, ni alejar del todo las ya remotas esperanzas de que la Inglaterra, contraria siempre al poder temporal, asistiese a la conferencia. La opinión católica quedó disgustada de la actitud del ministro de Negocios extranjeros en el Senado. Menos reservado en su discurso al Cuerpo legislativo, no salió sin embargo de esa atmósfera un tanto nebulosa en que durante largo tiempo se ha encerrado la política francesa, sin afirmar resueltamente el poder temporal ni oponer una valla insuperable a las ambiciones de Roma respecto al patrimonio de San Pedro.

Esto hizo que el segundo discurso de Mr. Moustier pasase desapercibido también. Y sin embargo, este discurso había sido leído la noche antes en Saint-Cloud, y sus palabras, escritas para evitar todo error, llevaban la sanción del Emperador.

Entre tanto, la inmensa mayoría del Cuerpo legislativo, desconfiada de que se hiciera la luz sobre la cuestión romana, había tenido una reunión en la cual mas de ochenta diputados se habían comprometido a votar una moción, recomendando al Emperador el poder temporal del Santo Padre y la ocupación de Roma por las tropas de Francia. Al frente de esta gran fracción de la derecha estaban Thiers, Berryer, Buffet y dos vice-presidentes del Cuerpo legislativo. El peligro era grande si la izquierda se abstenia de votar, y, de seguro, la mayoría se dividía en dos partes casi iguales. Mr. Rouher expuso estos peligros al Emperador, y obtuvo de él en la mañana del voto la autorización mas completa para hacer en favor del poder temporal del Santo Padre, y contra los deseos de la Italia sobre Roma, las importunidades y trascendentes declaraciones que hemos publicado en *La Epoca*, y que reproducidas con mas vigor y decisión ante las reclamaciones de Thiers y Berryer, produjeron tan indescribible ovación en la Cámara, y un triunfo evidente para el ministro de Estado.

Mr. Moustier, que podía haber alcanzado este triunfo, y que no había tenido noticia de la carta del Emperador a Mr. Rouher, se sintió herido, y en el Consejo del día siguiente ofreció su dimisión. Lo probable es que la modificación se aplazase por ahora; pero antes de breve tiempo, nuestros corresponsales pronostican que Mr. Drouyn de Lhuys y el vizconde de Lagueronniere entrarán a formar parte de los Consejos del imperio. Este, de quien cada día se aparta mas la fracción ardiente y anticatólica, tiene que buscar en los elementos conservadores el apoyo para luchar contra la revolución.

Los elementos católicos han cobrado gran aliento en Francia con las declaraciones del Gobierno imperial, y el día de la Concepción el P. Jacinto se hizo intérprete, en el púlpito de *Notre Dame*, de la profunda gratitud de la Francia católica.

DISCURSO DEL SEÑOR ROUHER.

(Conclusion).

El señor Ministro de Estado (continuando): ¡Lo legión de Antibes! ¡Qué de agitación con motivo de ese cuerpo de 1,200 hombres, reducido a 800 hacia muchos meses! ¡Que con eso hemos violado el convenio, engañado a la Italia! Sin embargo

no autoriza el convenio al Papa para formar un ejército de católicos extranjeros?

A petición del Gobierno romano hemos autorizado los enganches en la legión, consentido en que los enganchados no perdiesen su nacionalidad: hemos autorizado a oficiales franceses a mandarlos. ¿Era por eso una legión francesa dependiente del ministerio de la Guerra?

El *Monitor* del ejército de febrero de 1866 ha dado a conocer a todos la organización de la legión. Ha podido decirse que los grados conferidos a los oficiales por el Gobierno romano no serian en ningún caso reconocidos por el Gobierno del Emperador, y que los soldados, una vez en Italia, no podrían apoyarse en su nacionalidad para sustraerse a la disciplina y a la jurisdicción romana: en fin, que el Gobierno francés se proponía permanecer ajenos a la administración y al reclutamiento de la legión. Esta es, por tanto, un cuerpo exclusivamente pontificio, sometido a la autoridad del Ministro de las Armas.

Ha habido un momento en el que, por causas que no quiero investigar, las deserciones han tomado un carácter colectivo. El coronel escribió al ministro de la Guerra. El mariscal Niel respondió con una carta privada, con una carta personal. Aprobó los hechos bajo el punto de vista del honor del ejército. ¡Y decís que eso es una intervención! Esa carta, publicada por una indiscreción, no ha tenido nunca mas que un carácter privado. (Sensaciones diversas.)

Algun tiempo después, el general Dumont ha ido a ocuparse, bajo el punto de vista militar, de las deserciones. Eso es una violación del Convenio, gritan. ¿Cómo se explica entonces que la Italia no se haya conmovido ante ese olvido de nuestros deberes, y que no haya pedido la supresión de la legión de Antibes? Nada de eso ha hecho, sin embargo, y con las explicaciones que se le han dado, ha reconocido la lealtad de nuestra conducta. En verdad, tales incidentes no merecen que se insista en ellos.

Háse hecho una alusión, en parte irónica, en parte formal, a otros tratados cuya observancia no nos inquieta: se cita el de Londres de 1852 relativo a la Dinamarca. Pero ¿habíamos contraído compromisos y garantido a la Dinamarca contra toda agresión?

No, solamente nos adherimos a un orden de sucesión determinada. ¿Se han creído obligados a intervenir todas las grandes naciones que habían firmado este tratado? No. En cuanto a la guerra de Alemania, es una ilusión creer que los sucesos de Dinamarca han sido la causa. A lo más han sido el incidente y la ocasión. El duelo que se ha verificado en Sadowna hacia mucho tiempo que estaba premeditado y era inevitable.

Pero se va mas lejos; se suscitan los más dolorosos sentimientos, se hacen suposiciones ofensivas, se nos dice: «habéis violado el tratado de Miramar» con objeto de hacer pesar sobre nosotros la responsabilidad del drama de Querétaro.

¿Fijaba, por ventura, este tratado una fecha para la retirada de nuestras tropas? Las obligaciones sinalagmáticas del tratado eran cumplidas por el gobierno mejicano; ¿y no ha sido dada la orden de evacuación, no ante el mandato de una nación extranjera, sino obedeciendo al sentimiento del país, al deseo manifestado por esta Asamblea? (Si, sí. ¡Muy bien!)

Mr. JULIO FAYRE: Era preciso consultarla antes. Mr. ROCHER: Hemos tratado de hacer volver a Europa al desgraciado Maximiliano. ¿Quién ignora nuestras súpticas para que abandonase aquel país de anarquía? ¡Ah! No busqueis responsabilidades; dejádselas a los que tan tristemente las han asumido por un crimen, porque si fuera preciso remontarnos a las causas contingentes, hallaríamos demasiadas en las excitaciones revolucionarias que han partido de Francia contra la bandera francesa. (Muy bien! ¡Muy bien!)

Recordad, señores, una palabra del ilustre orador, cuya pérdida deploramos. El otro día monseñor Julio Favre nos ha echado en cara el no haber recogido los pedazos de la Enciclica para hacer tacs por los fusiles Chassepot. Mr. Julio Favre, al expresarse así, era un plagio, porque hace mucho tiempo que Mr. Billault dijo que con los discursos de la oposición se atacaba los fusiles de los soldados de Juarez. (Aplausos.)

No servirán esos ataques para impedirnos que aprovechemos la política que ha hecho flotar de nuevo la bandera francesa en los muros de Roma. Reconoceréis que el Gobierno ha obrado conforme a su derecho, conforme al honor del país.

Y ahora, ¿cuál será nuestra conducta?

Al llegar a este punto del debate, no seguiré dirigiéndome a la oposición; me vuelvo hacia la mayoría y espero que mi palabra sincera hallará en ella simpática acogida. Quiero tratar las cuestiones en toda su extensión.

Tres hay planteadas. ¿Qué harán nuestras tropas en Roma? Si la conferencia se reúne, ¿cuál será nuestra actitud? Si no se reúne, ¿cuál será la conducta del Gobierno?

No olvido, ni el dilema planteado por la oposición: «O abandonad el poder temporal, o afirmadle devolviéndolo al Papa las provincias que le han sido arrebatadas», ni el argumento de Mr. Thiers: «El Papa tiene necesidad de Roma para continuar ejerciendo su autoridad pontificia: la Italia quiere tomar a Roma; ¿qué hará el Gobierno francés entre esas dos opuestas pretensiones?»

Respondiendo: Las tropas francesas permanecerán en Roma en tanto que la seguridad del Papa haga necesaria su presencia; y por la palabra *seguridad* no entiendo el Gobierno solamente la calma material, sino también garantías formales dadas por la Italia, después de los engaños que hemos sufrido. (Viva aprobación.)

En cuanto a la conferencia, hemos declarado a todas las Potencias que no queremos formular programa. ¿Queréis ser más exigentes que ellas? Nos presentaremos a la Conferencia con nuestro pasado, con nuestro presente.

¿Acaso el primero y más interesado, que es el Papa, no ha aceptado nuestra invitación sin reserva? Y cuando el Padre Santo nos da ese testimonio tan alto de su confianza, ¿podeis vacilar en hacer lo mismo? ¿Podeis no aprobar nuestra actitud?

Llego ahora al dilema: el Papa necesita de Roma, y la Italia no puede pasarse sin ella. Declaramos que la Italia no se apoderará de Roma. (Vivo movimiento y aplausos prolongados.) Jamás soportará la Francia semejante violencia hecha a su honor, hecha al orbe católico. (Nueva aprobación.) Pedirá a la Italia la estricta y enérgica ejecución del Convenio de Setiembre, y si no, la suplirá la Francia misma. ¿Es esto claro? (Nuevos aplausos.)

Señores, si vuestros aplausos me causan grande emoción, no puedo excusarme de añadir que me causan también alguna confusión: Pues ¿qué día ó en qué hora hemos usado diferente lenguaje? ¿Cómo han podido surgir dudas?

Al paso que queremos con firmeza y energía el respeto al convenio de Setiembre, queremos respetar y fortalecer la unidad italiana; queremos que estas dos potencias coexistan al lado una de otra. No queremos que la obra realizada en los campos de batalla por nuestras victorias, sea lacerada por la segunda parte del reinado.

En mi profunda convicción; si se hiciesen al país estas dos preguntas: ¿se quiere el destronamiento del Papa? ¿se quiere la destrucción de la unidad italiana? el país contestaría que no a las dos preguntas (Movimientos diversos).

Y consigno que esta cuestión ha hecho notables progresos. La oposición ha dicho: si queréis el poder temporal, devolvedle sus provincias; pero Mr. Chesnelon y Mr. de Latorou no han hablado de esto; no tratan de destruir la unidad italiana, sino de garantizar al Papa. Dejemos, pues, coexistir esas dos potencias. No usemos con la Italia el lenguaje aconsejado por Mr. Thiers. No le digamos, tanto peor para vosotros si os arroja sobre la punta de nuestra espada. Digámosle más bien: ¿qué necesidad tenéis de Roma capital? ¿Qué necesidad tenéis de ese pequeño enclavamiento que protege los grandes intereses del orbe católico? ¿Qué os harán esos 700.000 hombres añadidos a vuestros 25 millones de italianos? No comprendéis que esa idea de Roma capital es sólo una idea estéril, una necesidad facticia, y que sería para vosotros una adquisición fatal? (Muy bien.)

Decidle eso, decidle que ante todo tiene que constituirse, que es una nación nacida de ayer sin precedentes, sin tradiciones, sin experiencia; que necesita arrojar de su seno la revolución que por desgracia cooperó a su nacimiento, organizar su crédito, su Hacienda; hacerse, en fin, un Estado como los otros. Decidle que no debe asustarse de que un anciano encorvado por los años dirija sus oraciones a Dios bajo las bóvedas de San Pedro, porque ese anciano, con sus brazos extendidos, calma las conciencias perturbadas de los católicos. (Vivo movimiento de aprobación.)

Pero respetad también a la Italia; las naciones no se constituyen en un día, sino que tienen a ve-

— 452 —

Quitóle el Ave María

De la cola del caballo,
E hincando ambas rodillas
Con devoción la ha besado,
Y en la punta de la lanza
Por bandera la ha colgado.
Subió en su caballo luego,
Y el del moro había tomado.
Cargado destos despojos
Al real se había tomado,
Donde están todos los grandes,
También el Rey D. Fernando.
Todos tienen en grandeza
Aquel hecho señalado;
También el Rey y la Reina
Mucho se han maravillado:
Por ser Garcilaso mozo
Y haber hecho un tan gran caso,
Garcilaso de la Vega
Desde allí se ha intitulado,
Porque en la Vega hiciera
Campo con aquel pagano.

Como dice el romance, el Rey y la Reina y todos los del real se maravillaron de aquel gran hecho de Garcilaso, y el Rey le mandó poner en sus armas las letras del Ave María, con justa razón, por habérsela quitado al moro de tan indecente parte, y por ello haberle cortado la cabeza. Desde entonces en adelante los moros de Granada salían a tener escaramuzas con los cristianos de la Vega,

— 453 —

en las cuales los cristianos llevaban lo mejor siempre.

Los valerosos Abencerrages cristianos suplicaron al Rey que les diese licencia para hacer un desafío con los Zegries. El Rey conociendo su bondad y valor se la otorgó, dándoles por caudillo al valeroso caballero D. Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles. Hecho el desafío, los moros Zegries salieron fuera de la ciudad. El desafío se hizo de cincuenta a cincuenta; y no muy lejos vinieron los Zegries muy bien aderezados, todos vestidos de su acostumbrada librea pajiza y morada, plumas de lo mismo. Los bravos Abencerrages salieron con su acostumbrada librea azul y blanca, todos llenos de ricos tejidos de plata, las plumas de la misma color: en sus adargas su acostumbrada divisa, salvajes que desquizaraban leones, y otros un mundo que le deshacía un salvaje con un bastón. Desta forma salió también el valeroso alcaide de los Donceles, y llegando los unos a los otros, uno de los caballeros Abencerrages les dijo a los Zegries:

—Hoy ha de ser el día, caballeros, en que nuestros prolijos bandos han de tener fin y pagarnos la deuda que debeis, causa de vuestra malicia y envidia.

A lo cual replicaron los Zegries que no se gastase el tiempo en palabras, sino en obras. Diciendo esto, se comenzó entre todos una brava y sangrienta escaramuza, la cual se holgaba el Rey de

— 456 —

—Pues ¿qué es la causa, dijo Gazul, que unos leñadores se las han hallado?

—No sé que pueda ser, dijo la Reina.

Luego sospecharon que los Zegries y Gomeles los habrían muerto, y que no podía ser otra cosa. Gazul contó lo que pasaba a los Almibeces y Venegas, Aldoradines y Almoradís, los cuales por aquel respecto trataron mal de palabras a los Zegries que quedaban, y a los Gomeles y Mazas; estos, como estaban libres de aquello que se les imputaba, defendían su partido, y sobre ello se revolvía entre dichos linajes de caballeros una pendencia, por cuya causa casi se perdiera Granada, que harto tuvo el Rey y los Alfaquies que apaciguar, y decían los Alfaquies:

—¿Qué haceis, caballeros de Granada? ¿Por qué volveis las armas contra vosotros mismos, estando vuestros enemigos a las puertas de la ciudad? Mirad que lo que ellos habian de hacer hacéis vosotros, y no es tiempo de andar en divisiones.

Tan buenas razones dijeron los alfaquies y tanto hizo el Rey y otros caballeros, que todo este escándalo fué apaciguado, con gran pérdida de los caballeros Gomeles y Mazas, y algunos de sus contrarios. Muza, que deseaba que la ciudad se diese al cristiano Rey, viendo armada de nuevo aquella division entre los mas principales, se holgó mucho por lo que él y los de su bando pretendían, que era ser cristianos, y entregar la ciudad al Rey don

— 449 —

Una adarga hecha en Fez

De un ante rico estremado.

Aqueste perro con befa

En la cola del caballo

La sagrada Ave María

Llevaba haciendo escarnio.

Llegando junto a las tiendas

Desta manera ha hablado:

«¿Cuál será aquel caballero,

Que sea tan esforzado,

Que quiera hacer conmigo

Batalla en aqueste campo?

Salga uno, salgan dos,

Salgan tres, ó salgan cuatro:

El alcaide de los Donceles

Salga, que es hombre afamado.

Salga ese conde de Cabra,

En guerra experimentado;

Salga Gonzalo Fernandez,

Que es en Córdoba nombrado.

O si no Martin Galindo,

Que es valeroso soldado;

Salga ese Portocarrero,

Señor de Palma nombrado,

O el bravo D. Manuel

Ponce de Leon llamado,

Aquel que sacra el guante

Que por industria fué echado

Donde estaban los leones,

Y el lo sacó muy osado.

ZEGRIES Y ABENCERRAGES.

57

ces que atravesar una fase revolucionaria, acompañamiento de su independencia. Decía, pues, a la Italia que viva en su unidad actual, que respete el dominio del Padre Santo, y entonces se desarrollará en Italia el elemento liberal y conservador.

Decía Mr. Guerout hace un momento que la empresa era difícil. Indudablemente, pero nosotros la aceptamos.

Bien sé que las generaciones no resuelven siempre los problemas que plantean, pero existe el tiempo, cuyo poder soberano acaba siempre por conducir a la justicia y a la verdad. (Mr. Guerout: ¿Disponéis de él acaso?) La interrupción es extraña; ¿qué queréis decir? ¿que la revolución puede venir aquí mismo a derribar nuestra obra? ¡Bah! el poder del mal es solo pasajero; las grandezas duraderas solo pertenecen al poder del bien, que es la causa de Dios. (Viva aprobación.)

La empresa es difícil; pero ¿no es al fin la historia el cuadro de los odios extinguídos, de los intereses conciliados, de las armonías definitivas? ¿por qué no hemos de abrigar esta esperanza? ¿Por qué se ha de querer pensar que en la Italia y el Pontificado los odios serán eternos?

El Padre Santo tiene razón en desconfiar de Italia, porque esta le ha derramado el cáliz hasta las heces, y se necesitará tiempo para que reaparezcan en Roma la confianza y la serenidad. Entretanto la Italia deberá respetar fielmente los límites del territorio pontificio y ejecutar con lealtad el Convenio de Setiembre. (Muy bien.)

Cuando resume este debate, encuentro en el gran sencillez. El convenio ha sido ejecutado: nuestras tropas están en Roma para proteger al Padre Santo. ¿Cuánto tiempo permanecerán allí? Todo el que sea necesario para la seguridad del Papa, para que el convenio quede garantizado de un modo eficaz y duradero.

He aquí declarados nuestros proyectos. No permitiremos que se interponga la violencia entre Francia, Roma e Italia, y si esto marchase contra Roma, encontráramos de nuevo la Francia en su camino. (Muy bien! Aplausos.)

Solo que en vez de abrogar desdeñamos hacia la unidad italiana le tenemos simpatías y contemplamos el momento en que la unidad italiana comprenda que su papel es defender también el poder temporal. (Muy bien! ¿Es esto un lazo? ¿Es un sueño? El porvenir nos lo dirá. Entre tanto, todos los intereses están garantizados: ninguno peligrará.)

Y ahora la situación me parece bien sencilla: se han presentado dos demandas de interposición. Rechazamos la primera, porque estamos en completo desacuerdo con la oposición, que la ha presentado.

En cuanto a la segunda, nos pedia explicaciones leales sobre nuestra conducta, sobre nuestra política, y las hemos dado. ¿Estamos en completa comunión de ideas? (Voces numerosas: Sí, sí.) Pues bien, que ese acuerdo se traduzca en vuestro voto, en un voto unánime de confianza; que no haya exención en la mayoría; permanezcamos unidos y compactos, porque esta es nuestra fuerza. Mirad que la revolución vela siempre, buscando cómo abrir la brecha; estrechad vuestros vínculos, confundid vuestros votos; el Gobierno os ha manifestado con franqueza sus actos, sus proyectos, su política. ¿Podríais dudar de ellos aun cuando tenéis por prendas la victoria de Mentana, y nuestra bandera que flota sobre los muros de Civita Vecchia? (Ruidosa aprobación.)

Señores, me manifestaban algunos el temor de que mis palabras no hayan sido bastante claras en lo que se refiere al poder temporal del Papa. (Sí, sí.) Hablando de la seguridad que queremos alcanzar al Padre Santo, he dicho que nuestras tropas permanecerían en Roma, hablando de la capital, para designar el Estado pontificio. No debe haber en esto la menor equivocación; cuando he hablado de Roma, declaro haber querido hablar del territorio pontificio actual en toda su integridad. (Prolongados aplausos.)

Voces: A votar, a votar.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 11 DE DICIEMBRE DE 1867.

EXPLIQUEMOS.

Cierto periódico unionista, no de Madrid, ha creído ver alguna contradicción entre lo que no ha muchos días manifestamos con respecto a las jefaturas políticas y lo que dijimos cuando la unión liberal nombró, o trató de nombrar, o aceptó, sin nombrarle, al duque de la Torre como sustituto del general O'Donnell.

Sin que nos propongamos contestar al periódico aludido, y no ciertamente por desprecio, vamos a aprovechar esta ocasión para hacer algunas ligeras explicaciones, muy ligeras, porque la ilustración de nuestros lectores suplir á lo que falta á nuestras palabras, sobre estos tres puntos principales: 1.º que entendemos nosotros por *partido*; 2.º hoy no somos, ni podemos ser lo que se llama un *partido*; 3.º las jefaturas, entre nosotros, ni se dan, ni se toman.

En el sentido estricto de la palabra, *partido* quiere decir, conjunto moral de personas que profesan las mismas ideas, y pertenecer á un *partido* significa estar de parte de algo ó de alguien. Así considerada aquella voz, nadie puede decir que está alejado de los partidos, que no tiene compromisos ni simpatías por ningún partido, porque esto valdría tanto como sostener que hay hombres cuya inteligencia no está adherida á idea ninguna, ni religiosa, ni moral, ni política, ni mercantil, etc., lo cual es verdaderamente insostenible. Si siempre que se habla de partidos hay que entender el conjunto moral de personas que profesan las mismas ideas, la Iglesia Católica es un partido, la comunión de los fieles cristianos es un partido, porque todos ellos forman ese conjunto de personas que profesan las mismas doctrinas, y todos ellos están de parte de algo, que es el catolicismo, y de alguien, que es Jesucristo. ¿Qué significación se debe dar, pues, á esa palabra para no caer en el ridículo absurdo de decir que la Iglesia católica es un partido, como lo es el partido progresista, por ejemplo, ó el de la unión liberal? Expliquemos brevemente el origen verdadero de los partidos y se verá bien clara su significación en la sociedad moderna. Los partidos, tal como hoy los conocemos, nacieron cuando se proclamó la independencia de la razón; son hijos del libre examen, son retoños del protestantismo. Esta secta, como dice Balmes, engendró la tiranía en Europa, dando á sus Reyes, por la fuerza de la necesidad, un poder absoluto que no habían tenido jamás en las sociedades cristianas. ¿Por qué? Porque la libertad de la razón había hecho de cada hombre un soberano, de cada familia un Estado independiente, y se creyó entonces necesario para salvar el orden, destruyendo la anarquía, robustecer un poder único, aniquilando los privilegios de la nobleza y las franquicias de los pueblos. En una palabra, era imprescindible, una vez proclamado el libre examen, echar mano del despotismo, de la dictadura real, para salvar á Europa del caos que la amenazaba. Así se hizo, y trescientos años hemos vivido, en mayor ó menor grado, con este necesario aunque funesto sistema. Pues este mismo fenómeno que se verificó en las naciones, se ha verificado y se está verificando actualmente en el seno de nuestra organización política, por medio de los partidos. ¿Qué es un partido? Un conjunto de razones individuales, soberanas y libres, por consiguiente, para pensar como mejor les cuadre. Pero como de aquí viene la disolución y la anarquía, se hace preciso que un hombre más fuerte ó más inteligente que los otros, asuma á su razón todas las razones individuales que se le asemejan, y se encargue de pensar por los demás y de dirigirlos á un fin común por causa del interés general. Esto es un partido; la dictadura de un hombre creada por el interés de una secta; el despotismo engendrado por la independencia absoluta de la razón; el sacrificio del entendimiento y hasta de la conciencia en aras de la ambición ó del lucro.

Ahora bien, ¿podemos nosotros formar un partido de esta clase? ¿Podemos siquiera confundirnos con los que tienen tan depravado origen? Decimos más; mirando la cuestión bajo otro punto de vista y suponiendo que el espíritu católico, que el espíritu de caridad purificara algún tanto este corrompido origen, ¿qué podíamos hacer hoy si formásemos un partido de este género, aunque con mejor espíritu? Dilo tú ¡oh sensato lector! que hace tal vez medio siglo estás viendo pasar por delante de tí cien y más partidos, prometiéndote dichas sin cuento que han quedado dichas, pero que no han sido hechas. Dilo tú por nosotros, que nos falta valor para considerar el retroceso incalculable que sufrirían nuestras doctrinas en el ánimo del pueblo el día en que nos viera entrar en el mismo juego y en el mismo círculo en que se han agitado los partidos. Nosotros, que hemos hablado tanto de la unidad y de la inamovilidad del poder, que tantas veces hemos censurado la empleomanía, que hemos

clamado contra los gastos excesivos que necesariamente originan las numerosas ruedas de la complicada máquina administrativa; que hemos sostenido, porque es un punto fundamental, que la Iglesia debe estar unida, no confundida con el Estado, nosotros hoy, ¿podríamos hacer todo lo que en nuestras teorías hemos expuesto? Y si no lo hacíamos, ¿no habría razón para decir que éramos lo mismo que los demás?

Y si nos excusásemos con que no era dable hacer más, ¿no se nos replicaría fundadamente: «¿por qué por qué habéis querido coger el fruto cuando estaba verde?»

Luego si ser ministros en la actualidad nos perjudicaría más que nos favorecería; si hoy el Gobierno ministerial desacreditara, en el concepto de muchos, nuestras doctrinas, cuando solo debía desacreditar nuestras personas, ¿con qué objeto hemos de formar partido, esto es, hemos de ser un conjunto de personas que, girando en derredor de otra, postergan sus particulares disensiones y hasta la libertad de su inteligencia al fin común de alcanzar el poder?

Pues si no somos ni podemos ser hoy un partido, si solo podemos ser una escuela ó una gran bandera opuesta á otra gran bandera, ¿cómo hemos de tener jefes políticos, y por consiguiente, cómo han de darse ni tomarse las jefaturas entre nosotros? No, ni se dan, ni se toman: pero en caso de optar por uno de estos dos términos diríamos que, entre nosotros, no pueden tomarse de ninguna manera, y la razón es muy sencilla. Entre los partidos liberales hay que tomar el primer puesto, porque necesitan estar en una perpetua dictadura; no descansan en principios fijos; no tienen personas de autoridad natural que ejerzan sobre ellos una influencia ineludible, como nosotros las tenemos. ¿Qué sería, pues, de su organización si no tuvieran un dictador? ¿Y cómo cabe entre nosotros un dictador, uno que tome por asalto la jefatura, si precisamente la virtud que más debe resplandecer entre nosotros es la humildad? «El que se humille será ensalzado, el que se ensalce será humillado.» Esta debe ser nuestra divisa, la cual nos autorizaría para no reconocer por jefe al que se tomara la jefatura, pues aunque tuviera mucho mérito, solo aquelato de soberbia y de ambición lo inutilizaría. Por el contrario, el que ha dado pruebas de su valer y huye, sin embargo, del primer puesto, el que teniendo fuerzas de gigante se conceptúa indigno de ser el primero y solo aspira á ser el último soldado, ese que se humilla debe ser ensalzado, ese es quien merece marchar al frente del ejército. ¿Y qué espectáculo hay más conforme al espíritu cristiano que el de no encontrar un solo individuo entre nosotros que desee ocupar el primer puesto? ¿Que el de vernos apurados por hallar uno que se atreva á soportar la responsabilidad inmensa del puesto de honor? Si, en verdad, sería este un espectáculo tan admirable y tan consolador como vergonzoso sería el de vernos sufrir el yugo del primer audaz que se encaramase á la cumbre.

VALENTÍN GÓMEZ.

LA POLÍTICA A CAZA DE JEFES.

Hay periódicos tan buenos, tan sencillitos, tan desprendidos y generosos que no contentos con trabajar en provecho propio, en pró de su fracción ó de su partido, se desviven y afanan por el bien de sus adversarios, de los mismos á quienes tratan como irreconciliables enemigos: periódicos ejemplares, periódicos sin par, periódicos, en fin, de Unión liberal, con lo cual está dicho todo, pues solo en el unionismo liberalista caben tanta magnanimidad, tanto olvido... de que los demás no somos ni tan buenos ni tan cándidos como ellos.

Uno de estos periódicos es *La Política*. Pues como íbamos diciendo, *La Política* se descuelga ayer queriendo persuadirnos con soliloquio verdaderamente maternal, á que nosotros, que no somos ni queremos ser partido político,

ni ministros, ni siquiera directores de correos, estamos mal así; que necesitamos jefe, y que nuestro jefe no debe ser este, ni el otro ni el de mas allá, sino uno que nos designa *La Política* con su nombre y apellido, á saber: el Excmo. señor D. Manuel Bertran de Lis.

Tenga entendido *La Política*, que comprendemos todo el alcance de su propuesta; y en prueba de que lo comprendemos, vamos á darle una contestación que, de seguro, la ha de dejar completamente satisfecha.

Si como es de creer, los elogios que tributa el periódico unionista al Sr. Bertran de Lis, son sinceros, nosotros los admitimos todos y los suscribimos todos. Es difícil que nadie tenga del talento, del carácter y de la honradez del Sr. Bertran de Lis, idea tan elevada como nosotros. Pero este personaje (lo ha olvidado completamente *La Política*), es moderado, no ha dejado nunca, que sepamos, de ser moderado; y nosotros, que no somos de partido alguno, ni somos, ni podemos ser, moderados.

Todo el edificio levantado por *La Política* cae de consiguiente por su base.

Nosotros veníamos con muchísimo gusto al señor Bertran de Lis en el ministerio, como veníamos, por ejemplo, al señor conde de Cheste, que también es moderado y que tampoco ha dejado de serlo, como vemos al señor duque de Valencia, á quien tanto debe la causa del orden en España, por más que las ideas de todos estos eminentes personajes políticos no sean las nuestras.

Decimos más: nosotros hoy por hoy, en las actuales circunstancias, preferimos un ministerio del duque de Valencia, del conde de Cheste ó de D. Manuel Bertran de Lis, á un ministerio que salga de las filas de esos que se llaman, impropriadamente por cierto, neo-católicos.

La razón es obvia. El ministerio actual hace cuanto puede y cuanto sabe en favor de la causa del orden: si no hace más, es porque no sabe ó no puede más. Otro tanto sucedería á un gabinete en que figurasen ó presidiesen los personajes arriba nombrados.

Y si no hacían más, si no llevaban á cabo todo lo que nosotros deseamos, habría que achacarlo á falta de convicción ó de oportunidad, no á intenciones ni á ideas de trastornar el orden.

Mas no sucedería otro tanto con un Gabinete que saliera de la comunión religioso-monárquica, y esto por razones que dejamos apuntadas en el precedente artículo.

Si ese Gabinete no hacia en favor de la sociedad todo lo que comprendemos hoy como conveniente, ni podría atribuírsele falta de conocimiento, porque salía del seno de una comunión que existe en cuanto conoce y echa de menos algo que no se le concede, y no siendo la falta por ignorancia, tenía que ser por impotencia.

Ahora bien; ¿qué significa aspirar al ministerio para declararse impotente en el ministerio? Significa no sólo el descrédito de quien tal ambición abrigue, sino el descrédito y la rechilla de la comunión, y quizá de la doctrina á cuyo abrigo suban unos cuantos hombres al poder.

Para hacer lo que puedan, buenos son esos moderados: el bien que hagan se les agradecerá en el alma; pero el bien que dejen de hacer no se achacará á la comunión religioso-monárquica, porque no han salido de ella. Pero el bien que hicieren los futuros ministros de esa comunión, siempre será pequeño en relación á lo mucho que se han comprometido á hacer; y el bien que omitan siempre se considerará grande por el interés que tendrán en exagerarlo los descontentos. Y sobre todo, el descrédito político de un ministerio moderado en nada nos perjudica, antes bien nos da fuerza: el descrédito de un Gabinete salido de nuestra escuela, produciría, al menos por mucho tiempo, el descrédito de la escuela misma.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

En el Cuerpo legislativo francés ha principiado ya la discusión de las interpelaciones sobre

la política exterior, en general, del Gobierno del Emperador Napoleón.

Con este motivo Mr. Rouher ha vuelto á declarar que Francia no es hostil á la unidad italiana, pero que está resuelta á proteger á Roma. No sabemos á qué viene esta nueva declaración. ¿Se ha ido acaso demasiado adelante y se trata de retroceder? ¿Se quiere, desvirtuando la fuerza del JAMÁS, conciliar intereses irreconciliables? Pronto lo veremos.

Por lo que hace á la cuestión alemana, monsieur Rouher, según el telégrafo, ha dicho este año lo mismo que dijo el anterior, y que *mutatis mutandis* ha repetido cierto anónimo publicista en el folleto que precedió al discurso del Soberano francés, y este en el acto inaugural del Parlamento. El Gobierno de París acepta los hechos consumados en Prusia en tanto que no se vean comprometidos los intereses ó la seguridad de Francia.

Mas como el juez de esa dignidad y de la seguridad de esos intereses es el gobierno francés, resulta que esas declaraciones no dicen nada, porque á nada se compromete con ellas el Gobierno francés. Cualquier pretexto legítima una guerra franco-alemana según esa declaración, y al mismo tiempo esta declaración sirve de tréguia á la animosidad que reina entre Prusia y Francia, cuando menos hasta la primavera próxima en que habrán desaparecido los hielos del Norte, y podrá hacerse una tremenda campaña, en la cual llevará gran ventaja Francia, si decididamente se resuelve por una política católica, ó si, resuelta, como parece estarlo ya en parte, la practica.

El Imparcial tiene curiosidad en saber cómo EL PENSAMIENTO ESPAÑOL ha hecho el número de la *Letanía lauretana* el domingo sin faltar á las leyes.

Muy sencillo: para no faltar á la ley de Dios pidió y obtuvo licencia de la autoridad eclesiástica, y para cumplir la ley civil no repartió el número hasta el lunes.

Satisfecha de este modo la curiosidad de *El Imparcial*, ¿hará á su vez el favor de decirnos cómo ha conciliado sus ataques á la Inquisición, fundados en un *chiché* traspirenaico, con la formalidad al menos con que un escritor debe dirigirse al público?

El Imparcial, en su afán de atacar á instituciones respetables, llega hasta lo ridículo.

Sus estudios históricos y filosóficos acerca de la inquisición, por ejemplo, no han pasado todavía de un mal *chiché* que estampa días pasados *Los Suecos*, transportado de Francia y en el que se pinta como se quiere una escena inquisitorial.

Menos absurdo fuera juzgar del juicio, ilustración y buena fe de ciertas gentes por párrafos tan cándidos ó llenos de malicia como los de *El Imparcial*, y, sin embargo, nosotros nos guardaremos bien, al menos en la ocasión presente, de argüir de lo particular á lo universal: tan pobres nos parecen las líneas que al asunto dedica el periódico de las libertades completas.

Como sospechábamos y como dimos á entender en nuestras columnas, cierta noticia dada y asegurada por *El Imparcial* sobre disturbios ocurridos en el Campo de Criptana, con motivo de unas misiones predicadas allí, ha resultado completamente falsa. Se calumnió al misionero, y *El Imparcial* apadrinó la calumnia con todo el regocijo de que son capaces los que tanto interés tienen en desprestigiar á los ministros del Señor. Hoy el mismo *Imparcial* publica un comunicado suscrito por varias personas de aquel pueblo, desmintiendo terminantemente el hecho de que se hizo eco el mencionado periódico.

¿Escarmientará el diario de las libertades completas? ¿A que no?

Los ejercicios para la provisión de la canonjía magistral de Lugo principiaron el día 2 del actual.

Y si no salen aquestos, Salga el mismo Rey Fernando, Que le daré á entender Si tengo valor sobrado.»

Los caballeros del Rey

Todos están escuchando;

Cada uno pretendía

Salir con el moro al campo

Garcilaso estaba allí,

Mozo gallardo esforzado;

Licencia le pide al Rey

Para salir al pagano.

«Garcilaso, sois muy mozo

Para emprender este caso;

Otros hay en el real

A quien poder encargarlo.»

Garcilaso se despidió

Muy confuso y enojado,

Por no tener la licencia

Que al Rey le había demandado;

Pero muy secretamente

Garcilaso se había armado,

Y en un caballo morcillo

Salidose había al campo.

Nadie le ha conocido,

Porque sale disfrazado;

Fuése donde estaba el moro,

Y de esta suerte le ha hablado:

Ahora verás tú, moro,

Si tiene el Rey D. Fernando

cristianos les acometieron con tanta fortaleza, que los moros huyeron, y los cristianos siguieron el alcance hasta las puertas de Granada, y mataron más de cuatrocientos de ellos, y cautivaron más de cincuenta. En esta escaramuza se señaló grandemente el alcaide de los Donceles, y Portocarrero, señor de Palma. Este día mataron á casi todos los Zegries: también esta pérdida sintió el Rey de Granada, porque fué mucha. La Reina se volvió al real con toda su gente, muy contenta de haber visto á Granada y su asiento.

En este tiempo unos leñadores moros se hallaron las cuatro marlotas y los cuatro escudos de los turcos que hicieron la batalla por la Reina Sultana; y como entraron en Granada con ellas, y conocieron las marlotas y escudos por sus divisas, se las tomaron á los leñadores, preguntándoles dónde habían habido aquellas ropas y escudos. Los leñadores dijeron que ellos las habían hallado en lo más espeso del Soto de Roma. Gazul, sospechando mal, les volvió á preguntar si habían hallado á algunos caballeros muertos. Los leñadores respondieron que no. Gazul mandó llevar las marlotas y escudos á casa de la Reina Sultana, y fué él también allá, y mostrando las marlotas á la Reina, dijo:

— Señora, ¿no son estas las propias marlotas de los caballeros que os libraron de la muerte?

La Reina Sultana las miró bien, y luego las conoció, y dijo que ellas eran.

ver, y todos los demás del Real. Duró esta escaramuza cuatro horas buenas, en la cual hizo el valeroso alcaide de los Donceles cosas maravillosas; tanto que fué parte su bondad para que los Zegries fuesen desbaratados, y muchos muertos, y los demás puestos en huida. Los Abencerrages los fueron siguiendo hasta meterlos por las puertas de Granada. Aquesta escaramuza puso á los Zegries en grande quebranto, y al mismo Rey de Granada, que lo sintió mucho, y de allí adelante se tuvo por perdido.

Otro día siguiente la Reina doña Isabel tuvo gana de ver el sitio de Granada, y sus murallas y torres; y así, acompañada del Rey y de los grandes y gente de guerra, se fué á un lugar llamado la Zuhia, que está á una legua de Granada, y de allí se puso á mirar la frescura y amenidad de la ciudad. Miraba las torres y las fuerzas de la Alhambra; miraba los labrados y costosos olivares; miraba las Torres Bermejas, la brava y soberbia Alcazaba y Albaicín, con todas las demás torres, castillos y murallas. Holgábase mucho de verlo todo la cristianísima Reina, y deseaba verse dentro y tenerla ya por suya. Mandó la Reina que aquel día no hubiese escaramuza, mas no se pudo escusar; porque sabiendo que estaba allí la Reina, quisieron darla pesadumbre; y así salieron de Granada más de mil moros y trabaron escaramuza con los cristianos, la cual se comenzó poco á poco y se acabó muy de veras y á gran prisa, porque los

Caballeros valerosos

Que salgan contigo al campo.

Yo soy el menor de todos,

Y vengo por su mandato.»

El moro cuando le vido

En poco le había estimado,

Y díjole desta suerte:

«Yo no estoy acostumbrado

A hacer batalla campal

Sino con hombres barbados.

Vuélvete, rapaz, le dice,

Y venga el más estimado.»

Garcilaso se enojó,

Puso piernas al caballo,

Arremete para el moro

Y un grande encuentro le ha dado.

El moro que esto vido

Revuelve así como un rayo;

Comienzan la escaramuza

Con un furor muy sobrado;

Garcilaso, aunque era mozo,

Muy gran valor ha mostrado.

Dióle al moro una lanzada

Que el pecho le ha atravesado,

Y el moro cayera muerto;

Tendido le había en el campo.

Garcilaso con presteza

Del caballo se ha apeado:

Cortárale la cabeza

Y en el arzon la ha colgado,

Los opositores son los siguientes: Dr. D. Santos González, rector de Valderas, diócesi de León; Dr. D. Juan Manuel Carlon, catedrático de León; Dr. D. Juan Benito Álvarez, catedrático de Tuy; Dr. D. Andrés Celorrio, presbítero en Pamplona; Dr. D. Juan Sanda y Astray, párroco en Santiago; Dr. D. Gabriel Revilla Ballesteros, presbítero en Segovia; Ldo. D. Gregorio Cerdeiras Villamil, párroco en Mondoñedo; Ldo. D. José Vielva, catedrático en Palencia; Ldo. D. Genaro Espino Pua, presbítero en Palencia; Ldo. D. Ángel Díaz, párroco en Mondoñedo; Ldo. D. Pedro Gomez Oreña, catedrático en Corban, diócesi de Santander.

De un momento a otro se espera en Gibraltar a la fragata austríaca *Novara*, que conduce el cadáver del desgraciado Emperador Maximiliano. Parece que dicho buque permanecerá anclado en aquella bahía por algunos días, y que en el interin se celebrará una Misa solemne, cuya oración fúnebre pronunciará el Ilmo. señor Obispo de Antioque, Vicario general apostólico de Gibraltar.

En respuesta a una reverente exposición que la M. L. villa de Olot elevó a Su Santidad al remitirle una cantidad considerable de limosnas recaudadas entre aquellos piadosos catalanes, el Sumo Pontífice Pío IX se ha dignado dirigir el 23 de Octubre último al ayuntamiento de la mencionada villa la muy honrosa carta siguiente:

«PIO, PAPA IX.

«Amados hijos, salud y bendición apostólica. «Hemos recibido una relevante prueba de vuestra piedad filial, no tan solo en el ahínco con que de algunos años acá procuráis fomentar en vuestra provincia el respeto y el amor hacia Nos, y allegar fondos para nuestro gobierno civil, combatido de todas partes, sino también en el magnífico resultado de vuestras diligencias, para Nos del todo muy grato. Porque hemos visto, no sin especial satisfacción de nuestro corazón paternal, cuán de buen grado han correspondido a vuestro llamamiento casi innumerables hombres y mujeres de toda categoría, y cuán gustosamente han querido poner su firma en la exposición de respeto que habia de ser presentada a Nos, y contribuir con metálico al alivio de nuestra penuria y de la de nuestro Erario. Tanto más brillante nos ha parecido esta prueba de amor, cuanto más rara es entre vosotros la abundancia de riquezas, y más común la falta de las cosas hasta necesarias. Porque si nuestro Salvador juzgó que la viuda que habia echado un óbolo en el gazoillico, habia metido más que todos, en razón a que habia dado cuanto tenia, Nos no podemos juzgar de otra manera de las ofrendas de este género. En ellas vemos la fe con que reconocéis en Nos al Padre común de los fieles y al Vicario de Cristo; la firmísima adhesión a esta Cátedra de Pedro y a sus derechos, una pública y manifiesta profesión de vuestra fe y amor, y aquella maravillosa unión de todos los ánimos con Nos, que es la mas esplendorosa contrasena de la unidad católica. Por esto Nos han sido en gran manera gratos vuestros obsequios, y agradecemos a vosotros y a ese pueblo el que, en tan ruda persecución de la religión católica y de esta Santa Sede, os mostréis tan adictos y obsequiosos a la una y a la otra; ni podemos dejar de poder con todo el corazón a Dios para vosotros, no solo las bendiciones de arriba, del cielo, sino también las de acá bajo, de la tierra. Y de ellas queremos sea presagio, así como testimonio de nuestra gratitud y benevolencia paternal, la bendición apostólica que afectuosamente os damos a vosotros, amados hijos, y a todo ese pueblo.

«Dado en San Pedro de Roma el 23 de Octubre de 1867, año XXII de nuestro pontificado.—Pío IX, PAPA.»

Se hallan, compuestas las averías que ocasionó el último temporal en casi todas las líneas telegráficas.

Hoy probablemente publicará el *Boletín oficial* el ante-proyecto para el arreglo de los ayuntamientos en esta provincia.

La empresa del ferro-carril del Noroeste abrirá de un día a otro a la explotación 30 kilómetros próximamente en dirección a Galicia, ó sea desde Astorga a Brañuelas, a la entrada del puerto de Manzanal, y 24 kilómetros por la parte de Asturias, ó sea desde León a la Robla.

El trozo de 14 kilómetros que media entre este último punto y la Pola de Gordon, podrá abrirse al tráfico para Marzo próximo.

También parece cosa resuelta, según dice el periódico de que tomamos estas noticias, abrir a la explotación en todo el próximo año 70 kilómetros próximamente desde la Coruña a Lugo.

Ninguna noticia importante hallamos en los periódicos de las Baleares que recibimos hoy.

La falta de lluvias tiene angustiados a los labradores. Con este motivo habian comenzado a hacerse rogativas en la catedral de Palma.

Habia caído alguna nieve y piedra.

Han quedado terminadas las propuestas de la escala de reserva en el ministerio de Marina. Parece que con motivo de este arreglo quedan excedentes 108 empleados procedentes en su mayor parte de la marina mercante, por lo que no tienen opción a derechos pasivos.

Un periódico de Oviedo dice que en la mañana del 5 ingresaron en aquella tesorería 2.800,000 reales que remite el Gobierno de S. M. para cubrir las atenciones de la provincia.

Inmediatamente dispuso el señor gobernador se abriese el pago del mes de Noviembre al clero, y para las clases pasivas se señaló el 10, invitando a todos los que tengan créditos vencidos en la Caja de Depósitos para que los presenten, y serán satisfechos a la vista.

El domingo se recibieron en San Fernando tres millones de reales que mandó la Dirección del Tesoro para las atenciones del departamento.

Quedan ya saldados todos los créditos que habia pendientes a cargo de la tesorería de Cádiz, y regularizados por tanto los pagos de la misma.

La España dice que el movimiento de desenso que aún se notó el sábado en la Bolsa fué a consecuencia de los temores que abrigan ciertas personas tímidas de graves complicaciones en la cuestión italiana. El diario ministerial cree que tales temores no deben abrigarse, porque aun cuando ocurran ciertos sucesos siempre serán pasajeros.

El tren ascendente que salió de Málaga el sábado anterior a las cinco de la tarde, sufrió un pequeño contratiempo descarrilando la máquina antes de llegar a la estación de la Pizarra.

Afortunadamente no hay que lamentar desgracia alguna.

El sábado entraron en el puerto de Cartagena, procedentes de Gibraltar, la fragata de guerra anglo-americana *Franklin*, su comandante el capitán de mar Fennok y el vapor *Prole*, comandante Harmony.

Monta el primero de dichos buques el almirante Ferragut.

Ambos han quedado en observación por tres días.

Poco después de fondear saludó la fragata a la plaza, la cual contestó a las doce del día.

La Correspondencia publica las siguientes noticias:

—Hoy se ha dicho que en la reunión celebrada ayer por varios personajes de la union liberal, para ponerse de acuerdo sobre alguna importante cuestión de conducta, quedó confirmado lo que ya de antemano se anunciaba, respecto a que cada uno quede en libertad de proceder con arreglo a su especial manera de ver las cosas; evitándose así el que su conducta posterior se considere movida por el resorte de la ciega obediencia ó revelando una discordancia con la resolución adoptada por la mayoría.

—Aun no ha enviado casi ningún diputado a la secretaría del Congreso la nota de su domicilio, y pesar de los días transcurridos desde la convocatoria. Son muy pocos los llegados a Madrid de los que residen en provincias, y es de suponer que con motivo de las fiestas de Navidad no se apresuren a venir hasta la víspera ó día de la apertura.

—Hasta mañana no llega a Madrid el almirante norte-americano Ferragut, de que hablamos en otro lugar. Hoy han llegado ya dos oficiales de la escuadra que dicho señor manda, surta en la rada de Cartagena.

—El cólera sigue disminuyendo en la isla de Cuba.

CORREO DE HOY.

LETRAS APOSTÓLICAS

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA Pío IX, DECLARANDO AL CARDENAL GERÓNIMO D'ANDREA SUSPENSO DE LAS INSIGNIAS Y PRIVILEGIOS DE LA DIGNIDAD CARDENALICIA, CON OTRAS COSAS QUE LE CONCERNEN.

PIO PAPA IX.

Aunque ocupamos en la tierra el lugar de Aquel que es paciente y misericordioso, y aunque inclinados por consiguiente a la bondad y a la clemencia, comprendiendo sin embargo que es también deber apostólico juzgar y hacer justicia, empleamos la fuerza y energía de nuestra soberana autoridad en desarraigar los escándalos que pueden hacer para la perdición de los fieles, y en reprimir a sus autores. Movidos por esta consideración el año pasado de 1866, por Letra semejante en forma de Breve, fecha del 12, oídos nuestros venerables hermanos los Emms. Cardenales, siguiendo su parecer, y según nuestra voluntad y la de la Santa Sede, suspendimos y declaramos entredicho al Cardenal Gerónimo D'Andrea de todo ejercicio de jurisdicción en el orden espiritual y temporal, tanto respecto de la Iglesia de Sabina como de la abadía de Subiaco, porque en el mes de Junio de 1864, a pesar de nuestra negativa fundada en justas causas, y a pesar de nuestro consejo de que se marchase a otras regiones para restablecer su salud, se fué súbitamente a Roma y se refugió en Nápoles, donde permaneció contra las disposiciones de los Santos Concilios acerca de la residencia de los Obispos, y contra los decretos sobre el mismo asunto, expedidos por los Pontífices romanos, nuestros predecesores, principalmente por la Constitución de Benedicto XIV: *Ad universa christiana reipublica*, y en la cual se decide que no es permitido a los Obispos abandonar su diócesis por causa alguna legítima, ni siquiera por la conservación y restablecimiento de su salud, sin haber expresamente obtenido autorización del Pontífice Romano a la sazón existente. Los Pontífices romanos, nuestros predecesores, no han sido menos severos en estatuir acerca de la residencia de los Cardenales, y en particular Inocencio X en su Constitución *Cum iuxta*, publicada en 19 de Febrero de 1646. En efecto, como los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, partícipes de los cuidados apostólicos, deben asistir continuamente al Pontífice Romano con su celo y su concurso en el gobierno de toda la Iglesia, se les ha impuesto al propio tiempo penas graves y numerosas que incurren, *ipso facto* y sin declaración judicial en el caso en que se atrevan a salir del Estado temporal de la Iglesia, por cualquier causa que fuere, aunque sea pública y favorable y comprendida en el Cuerpo de Derecho, si la susodicha causa no ha sido previamente aprobada y expresamente admitida por el Romano Pontífice a la sazón existente. Ejemplo de esta desobediencia y de esta irreverencia hacia Nos y la Sede Apostólica ha sido dado por dicho Cardenal, y tan audazmente holadas las sanciones de los sagrados Cánones y las Constituciones pontificias, que Nos hemos esperado largo tiempo, aunque siempre en vano, que volviendo al arrepentimiento pidiere perdón de su falta; en vano por la mediación del Cardenal preposito de los negocios públicos, y luego por el Cardenal decano del Sacro Colegio, hemos tenido cuidado de advertirle las gravísimas penas a que se habia expuesto, según los términos de los sagrados Cánones y de las Constituciones pontificias. Teniendo por nada nuestras admoniciones, ha persistido con terquedad en la misma manera de obrar; y publicando una carta a este respecto, no ha temido desgarrar el nombre y la reputación de algunos de los mas ilustres Cardenales y de los mas virtuosos Prelados con las más inicuas injurias y ultrajes, prescindiendo de todo deber de humanidad y de caridad cristiana. Sembrante licencia en el obrar y en escribir, indigna sobre todo de un hombre honrado con la dignidad cardenalicia y episcopal. Nos ha causado el mayor dolor, y sin embargo, a fin de no despreciar nada para mover su corazón; a fin de no dejar nada que desear a nuestra bondad y clemencia en un negocio de este género, hemos creído deber enviarle, escrita de nuestra mano una carta en la que le exhortamos a considerar el grave escándalo que habia dado a los fieles y a la falta de que, por consecuencia se habia hecho culpable; Nos le exhortábamos a pensar en su salud eterna y a tomar sin tardanza el buen camino y Nos le declarábamos, en fin, que si no escuchaba y no seguía voluntariamente

y de buen grado nuestras paternales advertencias; Nos veríamos obligados, en cumplimiento de nuestro deber apostólico, a tomar por último el papel de juez. Pero, sin desviarse en nada de su obstinación y su orgullo, Nos ha contestado de una manera tan insolente é injuriosa, que Nos apenas habíamos podido esperar de parte de un hombre extraño y exento de toda fidelidad y su misión hacia la Sede Apostólica.

Pesando según justicia faltas tan graves y reprobables, y considerando la Constitución de nuestro susodicho predecesor, Inocencio X, no hay nadie que no vea que debemos castigarla de una manera todavía más rigurosa. Porque en la misma Constitución, nuestro mencionado predecesor decide y decreta que todos y cada uno de los Cardenales de la Santa Iglesia Romana que, sin haber obtenido el permiso del Pontífice Romano a la sazón existente, se trasportasen fuera de los dominios temporales de la Iglesia sean, privados al instante, en el hecho mismo y sin ninguna declaración precedente de juez ni de nadie, queden privados de todo privilegio, inmunidad, exención é indulto concedidos por la Santa Sede, que incurran, además, igualmente, *ipso facto*, en la pena de interdicción de entrada en la Iglesia y queden sujetos igualmente a las demás penas decretadas de cualquier manera que sea, por los Pontífices romanos; y hasta que se pueda y se deba proceder contra los dichos Cardenales, sin citación ó declaración alguna, al secuestro de todos y cada uno de sus productos, rentas y emolumentos, tanto de todos los oficios y cargos mayores y acordados consistorialmente y honorarios, de mención especial, como de monasterios y todos los demás beneficios seculares y regulares de cualquier orden que sean, aunque lleven aneja jurisdicción espiritual ó temporal, así como de las pensiones de cualesquiera rentas eclesiásticas. Y si los susodichos Cardenales, al cabo de seis meses que se les asigna para las tres advertencias canónicas y plazos y términos definitivos, a contar desde el día de su partida, no vuelven personal y efectivamente al Palacio Pontificio, además de las mencionadas penas, y acumuladas a dichas penas incurran por este solo hecho en las penas de privación de todas y cada una de sus rentas, emolumentos y remuneraciones, tanto en todos los oficios, hasta mayores y acordados consistorialmente y honorarios de mención especial, como de monasterios y de todos los demás beneficios seculares y regulares de cualquier orden que sean, obtenidos por vía de título, encomienda, administración y de cualquier otra manera, así como de las pensiones de cualesquiera rentas eclesiásticas acordadas a los susodichos Cardenales.

Si al espirar estos seis meses, durante los seis meses que sigan inmediatamente a los tres señalados para las tres advertencias canónicas y plazos perentorios, no volviere personalmente, tendrán que incurrir, además de las penalidades arriba enunciadas, en la de privación de todas las funciones susodichas, y cargas aun las mas elevadas y acordadas en Consistorio, y de todos los beneficios tanto seculares como regulares por este solo hecho y sin que fuese menester ninguna otra declaración. Si los susodichos Cardenales, durante los tres meses que siguen inmediatamente a las tres advertencias canónicas en la misma forma y por mero hecho, no se han presentado en los quince meses personalmente en la corte de Roma y no han vuelto al real y efectivamente, podrán ser condenados a otras penalidades aun mas graves y decretadas según mención individual, por los Pontífices Romanos, comprendiendo en ellas hasta la privación de Cardenalato.

Al fin del mes de Setiembre de 1865, habiéndose cumplido el período de quince meses después que el dicho Cardenal se separó ilícitamente del Estado civil de la Iglesia y persistiendo en su contumacia, sordo a todas nuestras amonestaciones y exhortaciones, debía ser reputado, conforme a las sanciones canónicas y a la susodicha Constitución de Inocencio X, despojado del honor del Cardenalato y del Episcopado de Sabina y de Subiaco, y de todos los demás beneficios de que podia gozar. Pero queriendo dejarle tiempo de reflexionar antes de tan grave admonición, y también de prestar oído a mis sanos consejos, y queriendo proteger la seguridad de los fieles de Sabina y Subiaco para quienes el Pastor a quienes estaba encomendada su salud, por razón de su mal ejemplo, ha llegado a ser piedra de escándalo, por nuestras cartas arriba mencionadas, y sin derogar en nada la Constitución de Inocencio X, Nos sometimos únicamente a dicho Cardenal a la suspensión de toda jurisdicción en la diócesis de Sabina y Subiaco, que Nos encomendamos a administradores que, bajo las órdenes de la Santa Sede, proveyesen a las necesidades espirituales de las diócesis é éfemenidades.

Por esta pena de la suspensión, mas leve de lo que exigía la gravedad de la falta, esperábamos verle tornar a mejores sentimientos. Esta esperanza, sin embargo, ha sido defraudada. Su temeridad ha llegado hasta al punto de haber interpuesto directamente apelación de nuestras cartas apostólicas al Pontífice mejor informado, y a fin de eludir, si posible fuera, la autoridad de la Sede Apostólica, se ha encerrado en el expediente evasivo, al que han recurrido frecuentemente los que se esfuerzan en declinar la sentencia de la Santa Sede; apelación que los Pontífices Romanos, predecesores nuestros, con razón han rechazado y reprobado siempre. Esta provocación era completamente absurda en un negocio de este género, en atención a que los actos del susodicho Cardenal eran de tal manera patentes, indubitables y notorios que no podían quedar ocultos por ninguna tergiversación. Ni se ha limitado a esto, sino que por causas dirigidas al clero y pueblo de Sabina y de Subiaco, y que han circulado hasta en otras partes, ha pretendido y sostenido que Nuestras letras apostólicas, en virtud de las cuales le fué entredicho el ejercicio de jurisdicción, eran nulas y no tenían fuerza ni valor en cuanto a los efectos canónicos; que los administradores nombrados por Nos estaban desnudos de todo poder y era preciso considerarlos como intrusos furtivamente y por violencia en medio de su rebaño; que él solo era pastor legítimo y que a él solo se le debía obediencia. Y hasta llegó al extremo de que, por medio de cartas impresas, nos ha demandado audazmente que revoquemos nuestras cartas apostólicas como injustas, sin efecto ni eficacia. Según él, nosotros debíamos reparar un proceder injusto, considerándose como se consideraba en derecho perfecto de ejercer en el foro interno y externo la jurisdicción que le habíamos entredicho en una y otra diócesis de Sabina y Subiaco.

En estos escritos públicos no ha llegado hasta emitir cosas que tienen por objeto disminuir y disminuir la autoridad de Nuestra Sede Apostólica, y ora en cartas particulares, ora en escritos públicos, no ha osado violar en nuestra humilde persona la santidad y dignidad de Nuestra Sede Apostólica? No ha encomendado papeles públicos injuriosos de mas doctrinas, contrarios y hostiles a la Santa Sede y a su Potestad temporal, y proclamado ostensiblemente su adhesión a folletos dados a luz por los autores de esas doctrinas, y que contenían proposiciones falsas y del todo dañables? Estos son hechos graves ciertamente, y reprobables, y que conviene reprobarnos principalmente, y no tolerar de parte de quien revestido de la dignidad del Episcopado y del Cardenalato, debería hacer todos los esfuerzos para propagar y defender la doctrina, el respeto muy especial hacia la Sede del Bienaventurado San Pedro, y conservar y amparar por todos los medios posibles su honor y privilegios, como así está obligado a hacerlo bajo la fe del juramento al aceptar las insignias de Cardenal.

En su consecuencia, habiendo trascurrido tres años y mas perseverando siempre en su tenacidad este Cardenal y comprometiéndose con otros excesos, no abrigando por nuestra parte esperanza alguna de su arrepentimiento y considerando que, por medio de escritos públicos perversos y turbulentos, inquieta los ánimos de los fieles y fomenta la malevolencia y abusa en perjuicio de la Religión y de la Iglesia romana de la dignidad de que está investido; a fin de que semejante mal no se extienda ni agrave, incumbe a Nos, a Nos encargado de velar por la seguridad de la casa de Israel y de conjurar todo peligro que amenace a la Iglesia de Dios, Nos incumben decretar y condenar.

Cumpliendo este deber de pastoral vigilancia, Nos vemos obligados a pesar nuestro a aplicarle las severas penas que los sagrados cánones y las constituciones pontificias decretan contra tales desafueros. Comprendemos y sentimos cuán verdaderas son estas palabras de Nuestro Santo predecesor San Siricio Himero, Obispo de Tarragona: *Necesse est ut ferro absconditur vulnera qua fomentum non sentierint medicamentum*. Sin embargo, queriendo proceder con más dulzura respecto de este Cardenal, después de haber oído a Nuestros Hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, hemos pensado que era preciso atenuar la gravedad de estas penas, y suspenderle por ahora en el goce de las insignias y privilegios del cardenalato. Por estos motivos, de ciencia cierta, y después de madura deliberación, por consejo de los dichos Cardenales, de Nuestra autoridad apostólica, Nos suspendemos al dicho Gerónimo, Cardenal d'Andrea y le declaramos suspendido en todos los honores, insignias y derechos de la dignidad cardenalicia, y especialmente de toda voz activa y pasiva en la elección de Soberano Pontífice, de tal suerte que no pueda ser convocado ni admitido en el Conclave.

Por las presentes, Nos prohibimos a los Cardenales y a su colegio llamar y admitir en conclave al dicho Cardenal, en atención a que está despojado de toda facultad de poder ser admitido a votar en la dicha elección, de ser convocado al conclave, y esto a pesar de todo título y toda razón *in corpore juris* y de toda fuerza de cualesquiera Constituciones de Pío IV, Gregorio XV y cualesquiera otro de nuestros predecesores. De Nuestra plena autoridad, Nos entendemos derogar lo precedente conforme a su tenor, y queremos y ordenamos que sea del todo derogado en lo que a esto se refiere. Además, Nos señalamos al dicho Cardenal d'Andrea el término perentorio de tres meses, a contar desde la fecha de las presentes letras, en el cual término, no por mandatorio, sino real y personalmente, deberá comparecer ante Nos y esta Sede Apostólica, con el fin de recibir humildemente nuestras órdenes. Pasado este tiempo, Nos pronunciaremos su destitución del título de Cardenal, del obispado de Sabina, al cual aquel título está unido, de la abadía de Subiaco y de otros beneficios de que goza.

Tales son nuestras órdenes y nuestra voluntad, y Nos ordenamos que las presentes no puedan ser atacadas en ningún caso, ni como subrepticias ó obrepuestas a causa del no consentimiento de los interesados ó por otra causa cualquiera, ni so pretexto de falta de intención de Nuestra parte. Pero Nos queremos que las presentes sean firmes, valideras y eficaces, que tengan y obtengan sus plenos efectos, y que sean observadas de una manera invariable por todos aquellos a quienes corresponden y responderán. Nos queremos que sea juzgado y definido en este sentido y no en otro por todos y cada uno de los que tengan poder y autoridad, a los cuales Nos retiramos la facultad de juzgar y de interpretar de otra manera, y declaramos de antemano nulo y como no hecho todo lo que se juzgue sobre esto contradictoriamente y de una manera atentatoria, por cualquier título y persona que sea, consciente ó inconscientemente.

Y esto, a pesar de nuestros reglamentos y los de la cancellaría apostólica de *jure quassito non tollendo*; a pesar también de las Constituciones y de los Concilios ecuménicos y otras disposiciones promulgadas en favor de los Cardenales, de los privilegios é indultos concedidos a todas las personas en dignidad, aun la cardenalicia, y aun cuando los dichos privilegios hubiesen sido concedidos y renovados en varias ocasiones; a pesar, en fin, de todos otros actos contrarios a este, aunque fuese digno cada uno de mención especial y particular, y aunque deban permanecer con toda su fuerza en su tenor general, los declaramos, sin embargo, plena y expresamente derogados para el caso presente.

Dado en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el 29 de Setiembre del año 1867, el XXII de nuestro Pontificado.

CARDENAL PARACCIANI CLARELLI.

ROMA 4 de Noviembre.

He sabido por conducto seguro que Victor Manuel envió por manos del general Gialdini, 50.000 francos a Garibaldi la víspera de su salida de Florencia, para regalar a los revolucionarios, acompañándolos con sus ruegos deseos por el feliz éxito de la expedición contra Roma. Algunas de las revelaciones de la corte y campo de Monte Rotondo, que nos han llegado después de la evacuación, son demasiado curiosas para pasarlas en silencio.

Parece, pues, que entre los ilustres extranjeros que rodeaban a Garibaldi, se hallaban varias señoras inglesas, y que sus finas atenciones a la persona del héroe de ambos mundos eclipsaron todos los cumplimientos y etiquetas de las ordinarias cortes monárquicas. El héroe de la democracia europea vióse servido por una persona de no menor rango que Mad. Chambers, la esposa del coronel Chambers, presidente de la Liga de la Reforma, y servido, no como quiera, sino de rodillas.

Otra señora garibaldina, italiana de nacimiento (la condesa de la Torre), anhelaba asegurar el cumplimiento del Padre Vamellati, Capellán de la Legión y hermano de madama Kanzler. Esta amable dama hizo cuanto pudo para persuadir a Garibaldi a pasarle por las armas desde luego, y tan sólo debió la vida a los restos de sentimientos de humanidad de parte del general y de su hijo Ricciotti.

Como la ocasión no era para ser desperdiciada, no faltó a Garibaldi la presencia de un miembro de la liga de la reforma inglesa. Esta fué representada por Mr. Edmund Beales, quien en hora oportuna apareció en Monte Rotondo con 300 libras esterlinas para los voluntarios. Como quiera que 3,000 habian desertado disgustados de no cobrar su paga, no tengo para que añadir que Mr. Beales fué recibido con entusiasmo inmenso. No pudiendo contestar en italiano al recibimiento popular, tuvo que gesticular con signos y muecas desde el balcón del Palazzo Pionbino, y según se dice, hizo su papel a las mil maravillas.

El Papa sigue gozando de muy buena salud, y ha concedido numerosas audiencias a las familias católicas que felizmente empiezan ya a llegar para la temporada de invierno.

Con fecha 3 de Diciembre dice una correspondencia de Roma lo que sigue: «Ayer al mediodía Mr. Faily y los demás generales franceses presentes en Roma han sido recibidos por el Papa en audiencia de despedida. El Padre Santo ha pronunciado un discurso, cuyo texto integro me es imposible trasladar aquí; pero del cual puedo indicar a Vds. los rasgos más principales. El Papa ha manifestado vivo reconocimiento a su majestad el Emperador de los franceses; en seguida, después de haber dado gracias a los generales por su abnegación, les ha dicho que sentía su partida, pero que debían obedecer las órdenes de sus superiores. Finalmente, el Pontífice ha añadido estas palabras:

«He estudiado maduramente la cuestión del poder temporal. Si pongo tal empeño en conservarlo integro, no es ciertamente por ambición, sino porque estoy convencido de que este poder me es indispensable para gozar de independencia completa y ejercer libremente mi autoridad espiritual.»

Tal es el sentido general de la allocución pronunciada por el Papa con calma, serenidad y resignación: la audiencia concluyó como siempre, con la bendición apostólica.

Segun otra carta de Roma, el general Faily dijo a los oficiales pontificios al despedirse de ellos: «Quedad sin temor. Salimos de Roma para facilitar las negociaciones que van a abrirse, pero continuaremos en Civita-Vecchia. Sabed que detrás de la brigada que allí queda, está todo el ejército francés.»

Las tropas francesas han evacuado enteramente a Roma ayer y anteayer. Sin embargo, siguen ocupando no solamente a Civita-Vecchia, sino también las poblaciones inmediatas hasta Viterbo.

El periódico *La France* ha obrado mal al desmentir la existencia de la nota del Cardenal Antonelli, negando toda participación en la conferencia. Esta nota existió; iba a ser expedida, pero fué retirada a consecuencia de la entrevista del conde de Surtis con el Papa. El embajador comunicó a Su Santidad una invitación sin base alguna. El Padre Santo hizo notar que no podía tratar sobre otras bases que las de la restitución de las provincias usurpadas a la Santa Sede. Mr. de Surtis contestó que el plenipotenciario de Su Santidad podría proponer bases *ad libitum*. En su virtud, Pío IX aceptó y se dió contra-orden con respecto al envío de la nota.

El *Diario de Roma* dice que el 29 de Noviembre una partida de garibaldinos atacada por Soriano invadió el pueblo de la Grotte di San Stefano, pero que después de una escaramuza que sostuvo contra los gendarmes pontificios, vióse precisada a emprender la fuga.

ULTIMA HORA.

(Telégramas de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.)

(Agencia Galand).

París, 10 (por la mañana).

En la sesión del Cuerpo Legislativo de ayer el Ministro Rouher, contestando al discurso de Emilio Ollivier sobre los asuntos de Alemania, reprodujo las declaraciones hechas por el Emperador en su discurso de apertura de las Cámaras.

Berlin, 9.

Los señores Utinay y Fryger, diputados del Slesvigal Parlamento prusiano, han rehusado prestar el juramento.

Florencia, 9.

El Sr. Sella propuso a la Cámara de diputados que volviese a adoptar el voto de Roma capital de Italia. La proposición fué desechada por 201 votos contra 176.

París, 10 (por la noche).

Las negociaciones para la Conferencia han vuelto a empezar bajo la iniciativa de Austria.

Han tenido lugar nuevas manifestaciones fenianas en Irlanda.

Julio Favre debe pronunciar un discurso para anunciar la ruptura de la izquierda con Thiers.

En el Cuerpo Legislativo ha sucedido un incidente muy lastimoso. El diputado Kerveguen, contestado a Gueroult sobre los asuntos de Alemania, dijo que Prusia gastó muchos millones para pagar periódicos franceses, que dió a conocer de una manera clara. El diputado Gueroult, director de la *Opinion Nationale*, protestó y levantó la mano sobre Kerveguen. La sesión se terminó en medio del tumulto.

NOTICIAS GENERALES.

En «La Perseverancia» de Zaragoza leemos lo que sigue, acompañados con el mayor interés a la invitación que hace aquel excelente periódico: «Las pobres religiosas carmelitas de la villa de Sarriena han sufrido días pasados una terrible desgracia, una prueba más con que el Señor ha querido ejercitar sus virtudes. La casa que habitaban fué presa de las llamas, habiendo padecido notable quebranto la parte del tejado, con lo cual el edificio ha quedado inhabitable, mientras no se ocurra a su reparación, que no dejará de ser bastante costosa.

La población de Sarriena acudió en masa a contener el fuego por todos los medios de que fué posible disponer, y todos, todos sus habitantes y sus celosas autoridades hicieron cuanto estuvo de su parte para evitar aquella desgracia; ó para atarla por lo ménos. Estos laudables esfuerzos honran mucho a la villa de Sarriena, y son una prueba de su piedad, ya conocida por la sensatez de que siempre ha dado interese a nuestros lectores.

Las desconsoladas monjas se vieron precisadas a salir del convento para no ser víctimas del incendio, y no hay para qué decir cuánto habrá lacerado su corazón ese forzado abandono de su humilde retiro, donde entregadas a la oración y a la penitencia, ganaban el necesario sustento con el trabajo de sus manos. Varias de ellas han sido amparadas con generosa caridad, en casas particulares, y excusado es ponderar el deseo que las anima de volver a su tranquila soledad.

Esto, sin embargo, no deja de ofrecer sus dificultades; porque la reparación del edificio exige cantidades de las que carecen por completo las infelices religiosas. Estamos seguros de que el celoso Prelado de la diócesi atenderá a esa necesidad, por tantos títulos lamentable.»

Ello, no obstante, nos permitimos recomendar a nuestros suscritores y al público en general, la triste situación de las virtuosas carmelitas de Sarriena, rogándoles que no las olviden, y desde luego se recibirán en la administración de *La Perseverancia* cuantas limosnas y donativos quieran depositarse en ella para el objeto indicado de subvenir a los gastos de la reparación del convento. Comprendemos que la caridad de las almas piadosas se halla diariamente estimulada por diversas y muy penitentes atenciones. Pero la caridad es inagotable, mucho mas cuando se trata de ejercitarla en favor de las vírgenes del Señor, cuyas virtudes y oraciones no son pequeña parte a impedir que la justicia de Dios descargue con toda su tremenda pesadumbre sobre esta criminal Europa, y por eso nos hemos atrevido a molestar una vez mas a nuestros religiosos suscritores.»

La diputación provincial de Madrid se está ocupando en distribuir equitativamente entre todos los pueblos la cantidad de 50,000 escudos votados en su presupuesto para atender a la reparación de caminos vecinales. Con tan acertada medida se proporcionará trabajo a tantos jornaleros que lo necesitan para ganarse su sustento.

Por la dirección general de obras públicas se ha dispuesto que inmediatamente se proceda a ejecutar por administración los trabajos necesarios en la sección de carretera de Torrejón de Arcez, en la provincia de Madrid, prescindiendo de los trámites y dilaciones que ofrecen las subastas para proporcionar recursos a la clase jornalera. Lo celebramos.

El lunes falleció en esta corte, después de recibir los Santos Sacramentos, el Sr. D. Manuel López Santalla, arcediano de la catedral de Cuenca, senador del reino y comisario que fué de Cruzada. R. I. P.

Con motivo de las nieves y de los fuertes huracanes que se han experimentado estos días, parece que las líneas telegráficas han sufrido averías en varios puntos, sobre todo de Francia, siendo, por lo tanto, algunas veces difíciles las comunicaciones; pero inmediatamente se han hecho los reparos y composuras convenientes, y en Madrid se reciben los partes con la acostumbrada regularidad.

Las obras de la iglesia del Buen Suceso están casi terminadas, y se espera que aquel hermoso templo quedará muy pronto abierto al culto público, como lo desean las muchas familias que habitan a su inmediación.

La señora P..., a consecuencia de vivas emociones, perdió el apetito; quejándose de pesadez de estómago, de opresión en el estómago, el enflecamiento fué rápido. Administróse el *carbon de Belloc* en la cantidad de dos a cuatro cucharadas por día, después de cada comida. El cuarto día la enferma no sentía ya opresión ni pesadez en el estómago; dijera perfectamente carnes asadas; el apetito era grande; la gordura volvió gradualmente; la alegría reemplazó a la tristeza. La enferma continuó aun durante algunos días el uso del *carbon de Belloc*; su confianza en este medicamento es tan grande, que cada vez que siente alguna molestia en la digestión, se apresura a tomar una cucharada de *carbon*, lo que le surte buen efecto constantemente. No teniendo ya a su disposición un día *carbon de Belloc*, la señora P... compró en una botica de París polvo de *carbon* ordinario que le causó náuseas.

(Extraído del informe aprobado por la Academia de Medicina de París.)

VARIEDADES.

EL CASTILLO DE SOLERA,

ó
EL CÁNTARO MILAGROSO.

A D. Rodrigo Soriano.

Hace dos meses visité contigo tus hermosas posesiones de Solera, recorrimos juntos el castillo que con tanto esmero has restaurado; visitamos el subterráneo, y Rufo, tu administrador, nos refirió la leyenda de Dorotea, ó el Cántaro Milagroso, la que transcribo religiosamente.

Había en Andalucía, en el reino de Jaén, en este pueblo de Solera, a fines del siglo XIV un maestro carpintero, feudatario del señor de Solera, que tenía la desgracia de emborracharse muchas veces a la semana; los artesanos de la sala de armas del castillo, obra primorosa según los restos que hoy día quedan, habían sido obra de su mano; la puerta de entrada donde se ostentaba el escudo de armas del señor del castillo, había admirado a todos y hecho reconocer en el carpintero un verdadero artista.

Tenía este carpintero una hija bellísima llamada Dorotea.

En el tiempo que comienza nuestra leyenda, Alvaro, que así se llamaba el maestro carpintero, había perdido por su mala conducta la confianza de sus parroquianos, y no le era posible, a pesar de su habilidad, hallar trabajo alguno entre sus convecinos.

Blasfemaba de la Providencia, acusándola de la miseria de que sólo tenía la culpa su holgazanería y mala conducta, y descargaba su cólera sobre su pobre hija, bien inocente por cierto de su desgracia.

Una noche, después de haber roto lleno de ira la mayor parte de los muebles de su casa, se echó sobre su cama fatigado con su desesperación.

—Si pudiese beber, dijo, al menos bebiendo se quitan las penas.

Había en las inmediaciones una cisterna, famosa a diez leguas a la redonda, por la claridad y admirable gusto de sus aguas.

Viendo Dorotea a su padre con una sed febril, resultado de los accesos de su ira, se fué sin decir nada a llenar su cántaro a la famosa cisterna, y después lo acercó a los labios del frenético.

—¿Qué bebida es esa? dijo después de haberla probado.

—Agua, padre mío.

—¡Agu! dijo, ¡agua! lo que beben los caballos y los patos, el desecho de la naturaleza, el residuo de las tempestades. Maldita sea mi suerte que me obliga a tragar ese asqueroso brebaje.

—Pero, dijo Dorotea, esta agua es la mejor que hay en el mundo.

—¡Quitate de ahí, miserable! gritó el padre lleno de demencia, y cogiendo a la pobre criatura la derribó de un empujón.

Vaciló Dorotea, y el cántaro, causa de aquel altercado, fué a quebrarse contra la pared.

Aquel espectáculo irritó todavía más a Alvaro; cogió una vara é iba a romperla sobre las costillas de la niña que lloraba, magullada con su caída, cuando llamaron a la puerta.

La noche estaba oscura y amenazaba una tormenta, los relámpagos atravesaban las tinieblas.

—¿Quién va? dijo Alvaro.

—¿Qué os importa? le contestó una voz terrible. No teneis nada que os roben.

—¿Qué queréis?

—Entrar mientras llueve.

Id con mil diablos, gritó Alvaro.

—Con ellos vengo, respondió la voz.

—No abro.

—Es lástima, porque traigo una carga que me pesa y me la podriais aliviar. Traigo un pellejo de vino añejo de manzanilla que haría beber a un muerto con su enterrador.

A estas palabras abrió tanto oído Alvaro.

—¿Conque traeis vino?

—Digno de figurar en la mesa de un Emperador.

—Vamos, Dorotea, holgazana, llorona, ve a abrir a ese neceta la puerta de par en par; es preciso no dejarle a la lluvia. No me gusta el vino aguado.

La joven antes de obedecer, miró tiernamente a su padre.

—Es muy tarde para abrir a un desconocido, dijo.

—Vé a abrir inmediatamente y no me quiebres la cabeza con tus reflexiones.

Dorotea llorando fué a alzar el picaporte; y entró el desconocido. Era de alta estatura, de pelo rojo, y arrastraba tras de sí, como había dicho, un pellejo grande cubierto de barro por el exterior.

—Verdad has dicho, exclamó con alegría Alvaro al ver el pellejo de vino.

—Yo no miento, replicó el viajero. La mentira no es el pecado de los orgullosos. Pues que me albergas en tu choza, saca vasos y bebamos.

—Ni vasos ni dinero tengo, Dorotea, trae dos tazas a tu señoría.

La joven sacó del armario dos tazas.

Abrieron el pellejo del que salió un vino de un color admirable de verde y oro, de exquisito olor y de excelente gusto; de lo mejor de las uvas de Andalucía.

Alvaro bebió sendos tragos, y después preguntó al forastero que quién era.

—Toma! dijo el viajero, parece que se necesita tener un pasaporte para echar un trago con vos. ¿Sois acaso el alcalde?

Alvaro soltó una carcajada.

—¡Alcalde yo! Soy... carpintero.

—¡Mal oficio! exclamó el desconocido, echándole nuevamente de beber.

—Es mejor el vuestro? dijo Alvaro.

—Sí.

—¿Cuál?

—Comprar sus almas a las criaturas.

—¡Bah!

—Sí, tráfico en esto hace mucho tiempo, y me va muy mal.

—¿Y a cómo pagais el alma?

—Según: un alma de un hombre hecho de viejo, de cómica, de bailarina, de filósofo, no es muy cara.

—¿Y mi alma?

—¡Un alma de borracho! dijo con desden el desconocido.

—¡Hola, tío Rojo, me gusta el vino, pero no tolo que me insulten.

—¡Bah! así son todos los hombres, quisquilosos en las palabras, cínicos en las cosas: bebed y tendreis más lógica.

—Eso es, replicó Alvaro amansándose, bebamos enhorabuena.

Yo que no tengo nada quisiera vender mi alma. ¿Cuánto me dais?

—Poco, porque esperamos tenerla gratis; os gusta el vino, y este quita la vida, apaga la inteligencia, embrutece el espíritu, paraliza el cuerpo tomado en gran cantidad; y el vino, a pesar vuestro os entregará a mi amo Lucifer.

—¿Y si me corrigiese? ¿si no bebiese mas que agua?

—Os desafío a que lo hagais.

—Teneis razon.

—¿Cómo es que esta niña no bebe con nosotros?

—Gracias, no tengo sed, respondió Dorotea sin dejar de recoger los pedazos de su cántaro roto, que estaba buscando por el suelo.

En aquel momento un trueno hizo desgarrarse las nubes en agua.

—¡Diabli! dijo Alvaro medio borracho.

—¿Me habeis llamado? dijo el desconocido.

—¿Yo? No; he dicho diablo.

—Pues bien, acabais de pronunciar mi nombre.

—¿Queréis comprarme algo?

—Sí.

—¿Mi alma?

—No.

—¿Pues qué?

—La de esta joven.

Dorotea se estremeció y echó instintivamente mano a su rosario.

—Calla, dijo Alvaro. ¿Puedo yo disponer de su alma?

—¿No sois su padre? respondió el hombre Rojo. Enese caso como respondeis ante Dios, podeis hacer cuanto os agrade bajo vuestra responsabilidad particular.

—¿Y cuánto me dais?

—Hay precios establecidos. Cinco mil escudos de oro por una joven doncella.

—Muy bien, dijo Alvaro.

—Pero padre mío, dijo suspirando Dorotea, apenas tengo diez y ocho años.

—¡Menor! exclamó el demonio; ¡menor! entonces son mil escudos mas.

—Pero, ¡padre mío! si soy de la Congregación de la Virgen.

—¡De la Congregación de la Virgen! continuó el negro mensajero, entonces son en todo diez mil escudos.

—¡Diez mil escudos! repitió ahullando Alvaro.

—Diez mil escudos repitió a la vez el comisionado Tartaro.

—¡Dadme la mano: negocio concluido; Su alma es vuestra.

Sacó entonces de su bolsillo el comprador un pergamino escrito con caracteres encarnados, en que estaba escrita el acta de la venta del caudal de la hija de Alvaro, se lo hizo leer, después se lo presentó para que lo firmase.

—¡Alto allá, dijo Alvaro; toma y daca, venga el dinero y firmaré entonces.

Sacó el desconocido un cuerno de acero, lo tocó, é inmediatamente se pararon delante de la puerta de la casa un peloton de hombres a caballo.

—¡Ahí están mis gentes, dijo el hombre Rojo.

Abrió la puerta, salió, y a poco volvió é entrar con un gran saco que contenía diez mil escudos

de oro, y los puso delante de Alvaro, embrutecido por el vino.

Sea que la vista de aquel tesoro hubiese aumentado la fatiga de su quebrantada cabeza; sea que el sueño, causa de la apoplejia vinosa; hubiese llegado a su colmo, Alvaro no tuvo fuerza más que para apoderarse del saco, estrecharlo contra su pecho, firmar el pergamino y quedarse profundamente dormido.

Dorotea, durante este tiempo, miraba sollozando a los caballeros que rodeaban la puerta; eran nueve: relucientes cascos cubrian sus cabezas y negros bigotes sombreaban sus rostros.

Al volver de su sorpresa vió cerca de sí al demonio.

Había arrojado su peluca roja, y se le presentaba bajo la forma de un gentil y apuesto caballero, como de unos treinta años.

—Dorotea, le dijo, vuestra alma es mía.

—Devolvedmela, señor demonio. Se la había prometido a Dios y a su Santa Madre la Virgen; devolvedmela, trabajaré día y noche para pagáros el dinero que por ella habeis dado.

—No, dijo el demonio; ¿qué teméis de mí? ¿tan feo soy?

—No, sin duda; pero mi padre se condenará.

—¿Y qué importa? Sin esto se hubiera condenado.

—Maldito vino, traidor licor causa de todos nuestros pesares.

El diablo miraba con atención a la joven, oyéndola proferir aquellas palabras. Parecía muy complacido con sus gracias y sencillez.

—Y a vos, ¿no os gusta el vino? dijo Dorotea.

—No, cuando los que beben se ponen en semejante estado; y al mismo tiempo señaló a Alvaro que dormía un sueño convulsivo. Sin embargo, tengo sed, el pellejo está vacío y daría algo por beber un trago a mi vez.

—Ya lo veis, el vino es peligroso, da sed.

—Nosotros los demonios bebemos mucho, vivimos en país caliente; está seca la lengua, y cuando tenemos forma humana estamos expuestos a sus flaquezas.

(Se continuará.)

PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. San Dámaso, Papa y confesor y San Sabino, obispo.

SANTO DE MAÑANA. La Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico y San Donato y compañeros mártires.

CULTOS.

Segana el jubileo de Cuarenta Horas en la parroquia de San Pedro, donde prosigue la novena de Nuestra Señora de la Concepción: a las diez será la Misa mayor, con sermón que predicará don Manuel Carús y por la tarde en los ejercicios don Cipriano Tornos.

Continúan tambien las novenas de Nuestra Señora de la Concepción, y predicarán en Italiano D. Ambrosio de los Infantes en la Misa mayor, y D. Benito Sanz y Fores en los ejercicios de la tarde; en San Francisco, D. Hilario Guerrero; en la Latina, D. Basilio Sánchez; y en los Oratorios del Olivar y del Espíritu Santo, D. Félix López Soldado y D. Jaime Cardona.

En la iglesia de San Juan de Dios se celebrará función y novena a la gloriosa Santa Lucía. A las diez será la Misa mayor, en la que predicará don José Rivas, y por la tarde, al anochecer, se rezará el rosario, el sermón que predicará D. Patricio Páramo, después la novena, terminando con los gozos y la adoración de la reliquia de la Santa.

Tambien continúa por la tarde la novena de Nra. Sra. del Loreto en el colegio de Niñas de la advocación, y dirá el sermón el Padre José Joaquín Montalban.

En las Salesas Nuevas se tributará un triduo en los días 13, 14 y 15, para celebrar la primera centuria de la canonización de Santa Juana Francisca Fremiot, fundadora de la Orden de la Visitación de Santa María.

VISITA DE LA CORTE DE MARÍA.—Nuestra Señora del Pilar en Monserrat, ó en San Andrés.

Se reza de la aparición de Nuestra Señora de Guadalupe, rito doble y color blanco, haciéndose conmemoración de la Feria.

REAL OBSERVATORIO DE MADRID.

Observaciones meteorológicas del día 10 de Diciembre de 1867.

HORAS.	Barómetro reducido a 0° en milímetros.	TEMPERATURA EN GRADOS.		Dirección del viento.	Estado del cielo.
		Ream.	Centig.		
6 m.	702,12	4,3	5,4	N. E.	Despej.
9 m.	703,80	2,2	2,8	N. E.	Idem.
12 d.	704,23	3,0	4,0	N. E.	Nubes.
3 t.	704,41	4,6	5,7	E.	Despej.
6 t.	705,47	1,4	1,4	N.	Idem.
9 n.	706,50	1,0	1,2	N. N. E.	Celajer.

Temperatura máxima del día...	4,6	5,8
Temperatura máxima al sol...	8,8	11,0
Temperatura mínima del día...	4,6	5,8

Evaporación en las 24 horas....	» milímetros.
Lluvia en id. id.....	»

MERCA DO DE MADRID.

ENTRADO POR LAS PUERTAS EN EL DIA DE HOY.

5,992 arrobas de trigo.
2,164 idem de harina.
6,553 idem de carbon.

118 vacas, que componen 46,503 libras de peso.
478 carneros, que hacen 11,155 libras de id.
413 cerdos degollados ayer, que hacen 84,583 libras de peso.

PRECIOS DE ARTÍCULOS AL POR MAYOR Y MENOR.

Carne de vaca, de 4 a 4,300 escudos arroba, y de 0,212 a 0,260 escudos libra.
Idem de carnero, de 0,212 a 0,284 escudos libra.

PRECIOS DE GRANOS EN EL DIA DE HOY

Cebada de 3,900 a 4,200 escudos fanega.
Trigo vendido..... 2,776 fanegas.
Precio medio..... 2,705 escudos
Madrid, 10 de Diciembre de 1867.—El alcalde-corregidor, el marqués de Villamagna.

BOLSA DE MADRID.

Cotización oficial del 10 de Diciembre de 1867.

FONDOS PÚBLICOS.

Títulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 36-50, 53, 50, 45, 40, 45 y 50; plazo 36-90, 50, 45, 55 y 60 fin cor. vol.

Idem del 3 por 100 diferido, publicado, 34-90.
Deuda amortizable de segunda clase, publicado, 19-00.

Material del Tesoro no preferente con interés, no publicado, 98-25.
Deuda del personal, publicado, 24-90; a plazo 25-20 fin cor. vol.

Billetes hipotecarios del Banco de España, no publicado, 98-00 p.

Acciones de carreteras generales, 6 por 100 anual emisión de 1.º de Abril de 1850, de 4,000 reales, publicado, 87-00.

Idem id. de 2.º de 2,000 rs., no publicado, 91-00 d.
Idem id. de 1.º de Junio de 1851, de 4,000 reales, id., 89-50.

Idem id. de 31 de Agosto de 1852, de 4,000 reales, idem, 76-00 d.
Idem id. de 1.º de Julio de 1856, de 4,000 reales, id., 76-00 d.

Idem del Canal de Isabel II, de 4,000 rs., 8 por 100 anual, id., 103-00 d.
Obligaciones generales por ferro-carriles, de 4,000 rs., publicado, 71-75.

Acciones del Banco de España, id., 150-00.
Acciones de la Sociedad española de Crédito oomercial, id., 114-00 d.

MADRID: 1867.

Editor responsable: D. C. NAVARRO VILLOSLADA.

Imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, Pelayo 34, a cargo de R. Lavajos y Arenas.

Tanto los anuncios como igualmente los comunicados, se insertarán a precios convencionales.

SECCION DE ANUNCIOS.

Rebaja a las corporaciones, sociedades mercantiles y a las particulares que anuncien periódicamente.

PÍLDORAS BLANCARD

DE IODURO DE HIERRO INALTERABLE,

Aprobadas por la Academia de medicina de París.

AUTORIZADAS POR EL CONSEJO MEDICAL DE SAN PETERSBURGO.

Esperimentadas en los hospitales de Francia, Bélgica, Irlanda y Turquía, etc.

MENTIONES HONORÍFICAS EN LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES DE

NUOVA-YORK 1855 y PARIS 1855.

Ultimamente aprobadas de nuevo por la alta comisión médica, encargada de redactar el nuevo Codex francés, estas píldoras ocupan ahora un lugar importante en la terapéutica. Participando de las propiedades de todo y del hierro, convienen principalmente en las numerosas afecciones ocasionadas por la carencia de hierro (infartos de los ganglios, tumores frios, caries de los huesos, etc.), colores pálidos, la anemia, la tisis en su principio, etc.; estimulan el organismo y fortalecen las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.

N. B.—El iodo de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de la fuerza y autenticidad de las verdaderas píldoras Blancard, exigir nuestro sello de plata reactivo y nuestra firma presente puesta al fin de una etiqueta verde.—Desconfiarse de las falsificaciones.

Venta por mayor: Madrid, Agencia franco-española, calle del Sordo, 51; por menor, Sres. Borrell, hermanos, Escolar, Moreno Miquel y Sanchez Ocaña; en provincias, en las principales farmacias.

Manard

GRAN EXPOSICION DE OBJETOS DE METAL BLANCO.

En la calle del Príncipe, núm. 6, casa de Meneses, hay un grandioso surtido de vasos sagrados para el culto divino, como tambien de todo lo perteneciente a servicios de mesa, fonda y café. En el mismo establecimiento se repartirán las tarifas de precios con dibujos litografiados, a las personas que las soliciten.

584-6 v. (Núm. 120.-6)

RETRATO DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA PIO IX. SACADO DEL NATURAL.

Magnífica fotografía, busto de tamaño natural, encolado en hermoso papel de Bristol, ondo color china, con un autógrafo de Su Santidad. Precio, 80 rs. en Madrid.—Agencia franco-española, 51, calle del Sordo.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

El Rob Boyveau Laffecteur es el único autorizado y garantizado legítimo por la firma del doctor GIRAudeau de SAINT-GERVAIS. De una digestión fácil, grato al paladar y al olfato, el Rob está recomendado para curar radicalmente las enfermedades cutáneas, los empeines, los accesos, los cánceres, las úlceras, la sarna degenerada, las escrófulas, el escorbuto, pérdidas, etc.